



materiales 9

para una política teológica cristiana

Cf. www.arzobispodegranada.es

en el blog: Ciudad de Dios y de los hombres

Texto nº 9: La polémica de Georges Bernanos con la revista “Temps Présent”, y una coda (primavera de 1944).

“Temps Présent” fue una revista semanal cristiana que se publicó en París de 1937 a 1940 y luego de 1944 a 1947. Fue fundada y dirigida por Stanislas Fumet, y retomó la herencia del semanario “Sept”, fundado por los dominicos de las ediciones Du Cerf en 1934, y luego suprimida por los superiores de la orden, al parecer por indicación del Nuncio y a raíz de los artículos de Bernanos sobre la guerra de España, en 1937. En el tiempo en que vivió, además de apoyar la resistencia, “Temps Présent” se hizo defensora de la democracia cristiana. En este semanario, además de Bernanos, escribieron personas como François Mauriac, Maurice Schumann, Gabriel Marcel, Charles du Bos, Louis massignon, Karl Barth, Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Joseph Malègue, Maxence Van der Meersch y muchos otros católicos o personas cercanas a la Iglesia del mundo intelectual y de las letras francesas del momento.

Bernanos, que se había opuesto sin desmayo a la traición del armisticio de Munich y del gobierno de Vichy, se dio cuenta también de que, a medida que se aproximaba el fin de la guerra y se acercaba la paz, esa paz iba a ser falseada y trucada, que no habría un verdadero renacimiento del “espíritu de juventud” que iniciase un camino diferente a aquel que había llevado a la guerra. Las democracias —dijo en alguna ocasión— han ganado la guerra a las dictaduras, pero la han ganado usando los mismo métodos que las dictaduras. Por lo tanto, la libertad del mundo sigue en peligro, tanto más peligro cuanto más sofisticados sean los medios de propaganda y de manipulación de los poderosos. Bernanos se daba cuenta también de cuántos de los que habían colaborado con el régimen nazi o con el de Vichy (era lo mismo), aparecían ahora de repente como unos apasionados defensores de la democracia. Y los responsables de la Democracia cristiana, preocupados en ese momento por el peligro del comunismo y ansiosos de sumar votos como fuese, miraban para otro lado. A Bernanos una política así no podía sino producirle náuseas. Dos cosas irritaban sobre todo a Bernanos en el mundo católico: el oportunismo que se apuntaba sin rebozo a la política que parecía vencedora en un momento determinado, ya fuera fascista o antifascista (eso siempre le pareció a Bernanos uno de los peligros mayores para la fe en nuestro mundo), y la subordinación de esa fe a los eslóganes o a las categorías de las políticas seculares, lo que convertía a la fe en una mera ideología. Bueno, quizás los dos peligros son el mismo peligro. Los dos

nacen, en todo caso, de la misma fuente, una reducción pavorosa y una debilidad enorme de la fe cristiana y de su significado humano.

CARTA A LA REVISTA "TEMPS PRESENT"

Aparecida en primer lugar en la revista "*Temps présent*" el 29 de marzo de 1946, este texto fue publicado luego en la colección de artículos *Français, si vous saviez (1945-1948)*, Gallimard, Nouvelle Revue Française, París, 1961, pp. 151-156. Finalmente ha sido recogida en la edición de la Pléiade de los *Essais et écrits de combat*, vol. II, Gallimard, Paris, 1995, 1124-1127. El texto de la carta de Bernanos a "*Temps présent*" iba precedido en la revista de una nota que se halla en la misma edición de la Pléiade, p. 1787 y que traducimos también aquí.

Texto de la carta de Georges Bernanos

Mi querido Fumet:

Nunca he creído merecer todo el bien que en otro tiempo, en numerosas ocasiones, ha dicho de mis libros. Pero quien me alaba no tiene por ello el menor derecho a dar de mí a sus lectores la imagen que le apetece, dispuesto a pisotear después ese fantasma cuando uno ha terminado de utilizarlo. Porque el tipo de difamación, empalagosamente calculada, de la que acabo de ser objeto por parte de *Temps Présent*, parece escrita, en efecto, a propósito de un Bernanos enteramente inventado, de pies a cabeza, para el uso de unas personas que no le conocen, y a las que resulta demasiado fácil convencer de que ya no soy el hombre de mis libros. Con el pretexto de que amo la libertad, se pretende que soy demócrata, y se me habla como a un tráfugo. Pero yo no he sido nunca demócrata, nunca me he hecho pasar por tal, y usted sabe muy bien, querido Fumet, que eso no es en absoluto por indiferencia para con la libertad de los pobres, sino precisamente, y muy al contrario, porque creo que las democracias son cada vez menos capaces de asumir la defensa de esta libertad. Sí, yo creo que en el mundo del dirigismo universal hacia el que vamos, las democracias no tienen ya nada sólido que oponer a las dictaduras, y que ellas no van a ser desde ahora sino sus abastecedoras hipócritas. Es posible que me equivoque, pero no he cambiado nunca en mi parecer sobre este punto. ¿Cómo es que se atreve entonces a dejar que su periódico me trate como si fuera una especie de Capitán Fracasse¹, mitad comediante, mitad gentilhomme de farsa, que añade cada semana, por pura coquetería, "una pieza a su retablo de trofeos de caza", se hace adornar "los barrotes dorados de su jaula", y ruge cuando se le manda? No digo que el autor de estas verdulerías debería avergonzarse de ellas, porque probablemente no merece tener vergüenza. Pero yo siento vergüenza por usted, querido Fumet.

Que quede en primer lugar bien claro que cuando digo "bravos tipos", no se me pasa siquiera por la cabeza meter en ese saco a los redactores de *Temps*

¹ Soldado fanfarrón, estereotipo usado en la comedia italiana. La figura fue utilizada por Th. Gautier para una novela de capa y espada que lleva por título precisamente *Le Capitaine Fracasse*, publicada en 1863.

présent.² En quienes pienso es en sus lectores. Pues hay todavía ciertamente muchos bravos tipos entre los lectores de *Temps présent*, que han debido extrañarse al verle a usted rechazar este calificativo como si fuera la peor de las injurias. Pues bien, los bravos tipos de *Temps présent* tienen derecho a saber que, después de haber vivido veinte años apartado de toda camarilla partidista, no me he exilado por un capricho de niño mimado, o por amor a “las tierras vírgenes”. Es verdad que cuando tuve que partir para España, en 1934, mi situación no era de las mejores, puesto que, habiendo trabajado mucho toda mi vida, había llegado a no poseer nada en este mundo, y digo “nada” con toda conciencia, esto es, ni siquiera una mesa mía donde escribir, ni una cama mía donde dormir. Pero tres años más tarde aparecía mi libro sobre la cruzada franquista, y los bravos tipos de *Temps présent* comprenderán con facilidad que, después de haber escrito *Los grandes cementerios bajo la luna*, un escritor católico cargado de familia, y desgraciadamente incapaz de escribir una novela cada tres meses o de abstenerse de ciertas tareas, no podía sino largarse. Abandoné mi país, pues, con la esperanza de encontrar en América, para mi mujer y mis seis hijos, esa clase de seguridad que cualquier campesino nuestro, propietario de su pequeña hacienda, hubiese podido asegurar antaño fácilmente a los suyos, y con la esperanza de encontrar para mí la libertad de escribir los libros que me viniera en gana escribir, aunque no pudiesen ver la luz sino a título póstumo. Después de todo, este proyecto no tenía nada de extraordinario. Es la derrota la que lo ha hecho de golpe irrealizable. Entre los que me rodeaban, dos hijos míos y un sobrino tenían la edad de ir a unirse a De Gaulle. Lo han hecho. Una vez que los muchachos se fueron, yo no tenía otra cosa que hacer sino liquidar la *fazenda*, vender con pérdidas un rebaño comprado a crédito, y acercarme un poco a las ciudades con el fin de poder escribir en los periódicos lo que pensaba del Mariscal Pétain. ¡Oh! No era la vida más brillante, es obvio, pero enfermo como estoy, ¿a qué habría ido yo a Londres o a Argel, decidme, sino a correr el riesgo de verme empujado, aunque fuese de espaldas, a tomar parte en ciertas combinaciones acerca de las cuales, seis meses después, la experiencia ha demostrado que no tenían sustancia alguna. ¡Me da igual! Salí de mi país como hombre libre, y he vuelto a él igual que había salido, eso es lo que los bravos tipos de *Temps Présent* tienen que saber. Que no haya en eso mérito alguno, no se me ocurre negarlo. Más bien sentiría vergüenza de pasearme ahora con una conciencia normal, normalmente clarividente, en medio de tantas conciencias cegadas por el odio, y cuyas órbitas de los ojos, como las del viejo Edipo, no son ya más que dos agujeros negros y sangrantes. Sé muy bien lo que esas conciencias han sufrido. ¿Y luego? ¿Tendría yo que estar mintiendo todo lo que me quede de vida porque estaba fuera de Francia cuando estalló la guerra? Si hubiera perdido el barco en 1938, no hubiera valido ciertamente gran cosa al lado de unos hombres como, por ejemplo, ese Rémy³ cuyo nombre hoy me es tan querido como pudiera serlo cualquiera de los héroes de mi infancia, pero,

² Pero véase el artículo “Un silencio desgarrador”, publicado en *La Bataille* el 28 de febrero de 1946, donde Bernanos habla de “los bravos tipos de *Temps present*”, que “el otro día, suplicaban a la democracia, tan curiosamente, que se mostrara por fin «eficaz y tecnológica», y que ahora sospechan de que yo pudiera ser fascista”. Es obvio que Bernanos se refiere aquí a los redactores de la revista. El artículo *Un silence déchirant* se halla en *Essais et écrits de combat*, vol. II, Gallimard, Paris, 1995, 1118-1120.

³ El coronel Rémy, llamado en verdad Gilbert Renault (1904-1984), que fundó en la Resistencia la “Hermandad Notre-Dame”, una red de inteligencia. Después de la guerra publicó sus recuerdos con el título de “Memorias de un agente secreto de la Francia libre”, cuya lectura entusiasmó a Bernanos. Desde entonces, los dos hombres mantuvieron una relación de amistad, de la que es testimonio la correspondencia entre ambos.

en fin de cuentas, quienes me conocen tal vez me hará el honor de concederme que tampoco hubiera sido uno de esos resistentes de la hora undécima que hoy escupen a la cara de los prisioneros alemanes, cuando un poco antes les hubieran sacado brillo a sus botas. Vuelvo del Brasil, eso está claro. Incluso si volviera de la luna, creo que tendría el derecho a decir que un francés, aunque valiese mil veces más que yo, aunque fuese un héroe o un santo, no ha podido vivir impunemente durante seis años en un aire emponzoñado por todas las propagandas, amigas o enemigas. Amigas o enemigas, sí, porque si es verdad que el suelo francés, de 1914 a 1918, fue el *no man's land* donde las grandes democracias creyeron conveniente liquidar su querrela con el militarismo prusiano, la suerte de la conciencia francesa no ha sido más envidiable esta vez, ya que ha servido de materia de experimento para todos los venenos. Tengo el derecho de decir que, para merecer el calificativo de justo no basta con haber servido a una causa justa, y que un francés liberado no es necesariamente un hombre libre. Porque, precisamente, lo que más choca cuando se vuelve a encontrar este país después de una larga ausencia, es la terrible degradación, o la perversión, de la idea de justicia, en unos hombres que se siguen considerando los campeones de la justicia porque están dispuestos a exterminar cualquier otra forma de injusticia que no sea la suya. Sólo esta degradación puede explicar cómo —por el cálculo cínico de unos, por la repugnante cobardía de los otros— la operación de salud pública que hubiera debido ser la depuración se ha transformado en una enfermedad del cuerpo social que, a mi modo de ver, se parece mucho a una septicemia mortal. Si, he intentado decirle la verdad a mi país. La prueba de que se la he dicho es que he conseguido disgustar a los grandes grupos electorales.⁴ He dicho la verdad, y he pagado el precio que había que pagar por decirla. Como me lo escribía esta misma mañana el autor de una amable carta, mi prestigio al día siguiente de la liberación era “formidable”. Es verdad que hubiera podido ser, con un poco de buena voluntad, académico o ministro. Por mi propia culpa, no habría llegado a ser a estas alturas más que un efímero caballero de la Legión de Honor.⁵ He dicho la verdad a mi país. Es lo que el editorialista de *Temps Présent* llama descargar mis nervios o romper la vajilla. He dicho la verdad a mi país. ¿Es que se hubiera querido que yo le diese una Constitución? He dicho la verdad a mi país, y si hablo de volver a tomar el barco es porque temo que pronto no no podré ya decírsela libremente, y que no esté lejos el tiempo en que ya no se la podré decir de ninguna manera.

Querido Fumet, no soy ni teólogo ni filósofo, pero si la frase de Péguy ha tenido alguna vez un sentido, es verdad, es terriblemente verdad que Francia sigue estando en estado de pecado mortal. Al equívoco creado por la opinión católica de la colaboración, la opinión católica de la liberación, en su prisa por hacer valer sus derechos y en su complacencia cobarde para con aquellos que se servían de ella mientras ella creía servirse de ellos, ha sustituido otro equívoco todavía más dañino, porque se desarrolla en un ambiente que ya está profundamente infectado. Para un hombre que se esfuerza hoy por ver las cosas

⁴ Lo que Bernanos dice, literalmente, son “los grandes electores”. Pero la expresión alude probablemente a los hombres de los partidos que manipulan a los ciudadanos en función de sus opciones partidistas, y especialmente a los periodistas de temática política. No se puede excluir, sin embargo, que tenga también en mente a los miembros de la Cámara de Diputados de la Asamblea Constituyente, a los que se les pedía adoptar un proyecto de Constitución sin someterla a un referéndum.

⁵ Bernanos rechazó ser miembro de la Legión de Honor cuatro veces: en 1926, en 1937, en 1940, y en 1946.

en una perspectiva que no sea la del materialismo histórico, Francia no ha vuelto de ninguna parte, no ha vuelto a ninguna parte. No me importa en absoluto, al hablar así, provocar la indignación de unos jóvenes hermanos a los que unos jefes poco escrupulosos les calientan la cabeza todo el día hablándoles del “nuevo renacimiento católico”. Ya tuvimos la ocasión de conocer el de 1920, que no ha dejado de chapotear en la literatura, al mismo tiempo que un mundo de violencia y de mentira, más frío que el infierno, se instalaba sobre las ruinas de la antigua cristiandad de Europa. Digo yo mismo estas verdades, no dejo cobardemente a otros el cuidado de decirlas, ¿qué es lo que se me echa en cara? Después del artículo reciente del Sr. Mauriac en el *Figaro*,⁶ ¿me será permitido tal vez escribir que estoy harto de respirar aquí una aire de apostasía? Creo que Cristo ha venido a este mundo para salvar nuestras almas, y no para extirpar la pobreza de la tierra, como si ella fuera el enemigo número uno del género humano, y el peor de los cánceres. Que, después de esto, el Sr. Hervé⁷ me acuse de querer conservar la pobreza por el gusto de lo pintoresco o por sadismo religioso, ¿a mí qué más me da? Sigo creyendo que la mejor manera, por no decir la única, de liberar realmente al pobre, es la de hacerse voluntariamente pobre en lugar suyo, y servirle. Los cristianos degenerados encuentran menos costosa la receta marxista, eso es problema suyo. Si el hombre es lo que piensa el Sr. Hervé, entonces la receta marxista es la buena. Pero si el hombre es realmente lo que yo pienso, entonces me permito augurar que nada bueno vendrá a partir de esta solicitud universal por los pobres, que coincide misteriosamente, peligrosamente —o demasiado claramente—, con una negación no menos universal del Pobre de los pobres, en quien toda pobreza está divinizada. Mucho me temo que esta solicitud pudiera pertenecer a la especie de las solicitudes carnívoras, y anuncio que en los años que nos vienen, la carne de pobre va a estar muy barata en todos los mercados del mundo.

Temps Présent, 29-3-1946.

Texto de la nota editorial de la revista “Temps présent” unida a la carta de Georges Bernanos.

“Publicamos hoy la larga respuesta de Georges Bernanos a la editorial aparecida en el número de *Temps présent* del 8 de marzo, y que se titulaba «Los Bravos Tipos». No se trataba —¿es necesario decirlo?— de atacar el honor de Bernanos, sino la validez de los

⁶ El artículo de François Mauriac se titulaba “Católicos de extrema izquierda”, y fue publicado en *Le Figaro* el 10 de marzo de 1946. Ese texto ha sido luego retomado en el *Journal* de Mauriac (Flammarion, vol. V, 1953, p. 9). En ese texto se decía, entre otras cosas, lo siguiente: “Hoy unos católicos fervientes hablan como si tuvieran horror de la Iglesia tal cual es, y tienen los ojos puestos, con una especie de nostalgia, en ese baño materialista en el que se hunde una parte tan grande de la humanidad. El material humano puesto al servicio del rendimiento, ¡y ellos piensan que la Iglesia no puede oponer nada, en el plano temporal, a esta maravilla! Han perdido el sentido de la Iglesia”. Tras un texto como éste, Bernanos siente que no es el único en señalar los peligros que corren la Iglesia y la humanidad, a pesar del fin de la Guerra.

⁷ Pierre Marie Hervé (1913-1993) es un periodista, filósofo, político y escritor. Participante en la Resistencia, en 1945 fue elegido miembro de la Primera Asamblea nacional Constituyente de la IV República Francesa. Miembro del Partido Comunista Francés, en 1948 deja sus cargos políticos para dedicarse por entero al periodismo en los periódicos vinculados al partido. Será Redactor Jefe del semanario *Action* hasta 1952, cuando fue suprimido.

juicios duros que, desde de su regreso y en un cierto número de artículos, viene haciendo sobre Francia, enferma desde la Liberación”.

En esa editorial de *Temps présent* del 8 de marzo se leía, entre otras cosas: “Se ve que le hace a usted falta cada semana añadir algunas piezas a sus trofeos de caza, y dispara usted al azar, para calmar sus nervios. [...] Sabemos muy bien que ese término de democracia le irrita, y que le resulta fácil presentir ella los relentes de todos los discursos de todos los mítines de las asociaciones de agricultores. Pero, ¿qué quiere usted? Usted ha estado mucho tiempo lejos de Francia, y aunque haya *tenido conocimiento*, usted no ha *vivido* ciertas cosas que han pasado aquí, y que nos han enseñado a darle un sentido muy preciso, muy modesto y muy esencial a esa palabra de democracia. No ser detenido por una decisión arbitraria, no se ejecutado sin juicio previo, no verse puesto contra la pared, por un sistema de gobierno permanente, de modo que uno esté obligado a elegir entre la muerte o la abyección, esto es, entre otras cosas, lo que entendemos cuando hablamos de democracia. Ya ve que la palabra ha perdido mucha de la mala grasa que la inflaba. [...] Usted se limita a proclamar a los cuatro vientos vuestro asco por la pasividad de los franceses. Mientras, nosotros tratamos de volver a enseñarles el sentido y la práctica de la actividad, y es a este «trabajo de termitas» al que se consagran los bravos tipos de *Temps présent*. Evidentemente, usted vuela mucho más alto que todo eso. Usted tiene ante de sí el espacio y los continentes vírgenes. Dese que ha vuelto a estar entre nosotros, de manera sumamente provisional como no se cansa usted de advertirnos, usted va rumiando por todas partes la nostalgia del desierto. En el conformismo lamentable de la opinión pública, no vamos a negar que usted haya jugado el papel útil de válvula de escape a nuestras iras y a nuestras decepciones. Pero ¿cuántos meses hace que usted ha vuelto, y cuántos meses lleva usted divirtiéndose a ese jueguecillo de romper la vajilla, anunciando cada día que ya no puede más de puro hastío y que va usted a marcharse de nuevo en cualquier momento?”

El 22 de marzo, *Temps présent* anunciaba para la semana siguiente la carta de Bernanos, que había llegado cuando la revista estaba ya en la imprenta.

CATÓLICOS DE RETAGUARDIA

Este texto fue publicado en *La Bataille*, el 3 de abril de 1946. Luego se recogió en la colección de artículos *Français, si vous saviez (1945-1948)*, Gallimard, Nouvelle Revue Française, París, 1961, pp. 157-160. Finalmente se halla en la edición de la Pléiade de los *Essais et écrits de combat*, vol. II, Gallimard, París, 1995, 1127-1128.

A propósito de una provocación reciente y bien inútil por parte de *Temps Présent*,¹ un amigo demócrata cristiano se cree en la obligación de recordarme, no sin amargura, los artículos que se publicaron sobre mí en los periódicos clandestinos de su partido. Mi reconocimiento para con esos generosos colegas no va a impedirme hacer notar a mi amable corresponsal que si un día se me ha alabado, no será por ser demócrata cristiano, porque nunca me las he dado de tal, y hasta —si hay que hablar claro— me siento menos inclinado que nunca a convertirme en uno, me parecería estar forzando mi naturaleza. Créanme que, al hacer esta confesión, no tengo ninguna intención de herir a los demócratas

¹ Se trata de la editorial “Los bravos tipos”, de la que se citan partes más arriba, y a la que Bernanos respondió con su “Carta a *Temps présent*”.

cristianos, ni a mi ilustre colega el Sr. Mauriac, que se convertía el otro día en su elocuente panegirista.² Nadie duda de las buenas intenciones de Mauriac, uno está más bien tentado a temer que termine derrumbándose bajo su peso.

Es posible que en la dolorosa confusión de los últimos años, se hayan cometido errores acerca de mí con buena fe. ¿Acaso un escritor no está siempre a la merced del primer imbécil que llega y que cree conocerle por haber mal leído sus libros? Quien dispone de mis libros no puede, sin embargo, disponer de mí. El hecho, por ejemplo, de haber escrito *Los grandes cementerios bajo la luna* y de haber dicho lo que pensaba del terror blanco en Mallorca, no da a los comentaristas el menor derecho a darme golpecitos en la barriga, como si hubiésemos violado juntos a las religiosas de Barcelona, o como si hubiésemos hecho juntos nuestras necesidades en los copones. Por el hecho de que sea cristiano y de que ame a los pobres, no se sigue en absoluto que tenga que ir a inscribirme entre los amigos de Mauriac. Además, un hombre capaz de confesar tan lisa y llanamente que ama a los pobres no podría sino acabar comprometiéndoles. Hoy no hay más que una manera de amar a los pobres, y es la de ser marxistas. Ante la mirada irónica de un joven intelectual de izquierdas, bien pocos de entre nosotros se atreverían a balbucir sin sonrojarse el hombre de San Vicente de Paul. Todo el mundo sabe, en efecto, o tendría que saber, que los pobres no tienen necesidad de amor, sino de justicia, y que están en su derecho a ver el amor que uno tiene el descaro de ofrecerles como una especie de humillación, no menos degradante que la formalidad de la propina. ¡A su salud! ¡A vuestra salud, mis queridos pobres! Cuando en el mundo no haya más que justicia, no doy un duro por vuestros pellejos. Ni por el mío, está claro.

Doy gracias a *Temps présent* por haberme dado la ocasión de escribir una vez más que no tengo la intención de dejarme clasificar como demócrata cristiano. ¿Para qué seguirse esforzando? ¿De qué sirve? Es verdad que un cierto número de bravos tipos que saben ya más o menos a qué atenerse sobre el tema, se hacen todavía ilusiones sobre la palabra democracia, simplemente porque está de moda. Pero el último grado de corrupción de una palabra es que pueda servir a todo el mundo, y a la palabra demócrata, me temo, le falta muy poco para llegar ahí. Mister Ford da una importancia enorme a ese pseudónimo, Stalin se lo apropia también, y Maritain lo reivindica en nombre de Sto. Tomás. A la hora de mi reciente partida de América, ciertos jesuitas españoles, tan calientes por el franquismo que ni un encierro de doce horas en el frigorífico hubiese podido enfriarlos, empezaban a reivindicarlo para sí tímidamente. Por mi parte, prefiero declinar ese título. Entre otras muchas ventajas, eso me permitirá siempre mirar a la cara al valiente Sr. Hervé,³ y el

² Mauriac escribía, en un artículo aparecido en *Le Figaro* el 19 de marzo de 1946 bajo el título de "El otro peligro": "No sé si, como se nos dice, el nuevo partido de derechas PRL ["Partido Republicano de la Libertad"] le quitará algunos diputados al MRP ["Movimiento Republicano Popular", partido demócrata Cristiano fundado en 1944, dirigido por Georges Bidault y Maurice Schumann, y desaparecido en 1967]. Que le quite pocos o muchos, no tengo miedo a unas amputaciones que no harían otra cosa más que aligerar a MRP de algunos elementos extraños a su alma misma: porque ese partido no tiene más que una vocación, por lo menos a mis ojos: es la de devolver a su Señor a las masas que lo han perdido, que no saben dónde lo han puesto y que le buscan. / Yo no me siento sino más libre ahora para retornar al otro peligro, el de ese extraño complejo de inferioridad que sienten ante el comunismo ciertos de nuestros camaradas".

³ Sobre el Sr. Hervé, que en el momento en el que Bernanos escribe estos artículos era diputado véase más arriba, la nota 7 de la "Carta a *Temps présent*".

negarle mi documentación. ¡No tengo documentación, tanto peor para la policía! Y ya que estamos en este tema del estado civil, ¿no creéis que cristiano demócrata sonaría mejor al oído que demócrata cristiano, como si la primera palabra tuviese que servir de tapadera a la segunda? ¿De qué servirán mañana esas picardías? Stalin no es ni demócrata ni cristiano, y por lo tanto, vais a ser depurados lo mismo por demócratas que por cristianos. Yo prefiero que se me depure por cristiano, es más sencillo y más claro.

Puesto que nos hemos metido en esto de los calificativos, ¿con qué derecho se usa, pegue o no pegue, la denominación de católico de vanguardia? Los católicos de izquierda o de extrema izquierda me han parecido siempre la extrema retaguardia, por no decir el lastre, de la tribu marxista en marcha hacia la tierra prometida. Después de todo, yo he visto nacer la democracia cristiana con *Le Sillon*,⁴ y ha crecido del tronco venerable del catolicismo liberal. No se descende de Lamennais por el Sr. de Faloux.⁵ Estas modestas reservas le parecerán sin duda sacrílegas a Mauriac, porque si es verdad, como él asegura, que la vocación del MRP es la “devolver su Señor a las masas que lo han perdido, que no saben dónde le han puesto y que le buscan”, no nos quedaría ya el derecho de ser cristiano más que de la forma en que lo es el Sr. Francisque Gay.⁶ Por ahora, sin embargo, prefiero quedarme con la mía. Esa forma me viene de una tradición que no es evidentemente la misma que la de los amigos de Mauriac, pero no voy a tener nunca el humor de dejar que nadie la humille.

La Bataille, 3-4-1946.

⁴ *Le Sillon* es el nombre de un movimiento filosófico, político y social —y de una revista que llevaba el mismo nombre— que nació en Francia en 1894, a la luz de la Encíclica de León XIII *Rerum Novarum*. Su finalidad primordial en sus comienzos, puede decirse, fue la de que la Iglesia acogiese la República, y enseguida la de reconciliar a las masas obreras con la Iglesia. Desde 1905 se federan, y luego se integran, los numerosos “círculos de estudios católicos”, en los que se discute de religión y de sociedad. Aunque en un primer momento, *Le Sillon* contó con el apoyo de San Pío X y del episcopado francés, sería condenado por el Papa en 1910 como “modernista” en su concepción de la revelación y de la autoridad eclesial, y el movimiento se disolvió por sí mismo. Algunos de los que lo habían impulsado siguieron después de su disolución trabajando en abrir puertas a lo que se llamaba entonces “el catolicismo social”, de donde nacería también el impulso para el MRP y la democracia cristiana.

⁵ Alfred de Faloux (1811-1886) fue un periodista y un político que comenzó su carrera como defensor de la legitimidad monárquica y del clero. Pero a lo largo de su vida cambió varias veces de posición política. Llegó a ser nombrado ministro de la instrucción pública y de los cultos por el Presidente de la República Louis-Napoleón Bonaparte en 1949. En 1950 logró pasar una ley, que lleva su nombre, sobre la enseñanza primaria y secundaria, y que daba unos privilegios totalmente extraordinarios al clero y a los religiosos en cuanto a los requisitos para acceder a la enseñanza. Se opuso al régimen del Segundo Imperio, y hacia el final de su vida, también a los católicos “intransigentes” y al heredero legítimo de la monarquía, el Conde de Chambord. Bernanos lo cita aquí como ejemplo del católico que “cambia de chaqueta” según las conveniencias.

⁶ Hugues-Félicité Robert de Lamennais (1782-1854) fue un sacerdote, escritor, filósofo y político francés, que si bien comenzó siendo “ultramontano” (defensor de la primacía espiritual y jurisdiccional del Papa sobre el poder político, especialmente en el nombramiento de obispos), se convirtió después en un precursor del catolicismo liberal, del catolicismo social y de la democracia cristiana. Abandonó el ministerio sacerdotal, un libro suyo escrito posteriormente, *Palabras de un creyente*, fue condenado por el Papa Gregorio XVI, y pidió ser enterrado civilmente. En el contexto en que Bernanos le cita, le reconoce una cierta grandeza en la honestidad de sus posiciones por contraste con el oportunismo de Faloux.

NO TODAS LAS VERDADES SON BUENAS DE DECIR

Este texto fue publicado en *La Bataille*, el 17 de abril de 1946. Luego se recogió en la colección de artículos *Français, si vous saviez (1945-1948)*, Gallimard, Nouvelle Revue Française, París, 1961, pp. 165-168. Finalmente se halla en la edición de la Pléiade de los *Essais et écrits de combat*, vol. II, Gallimard, Paris, 1995, 1130-1132

Que la debilidad de las élites católicas del siglo XIX frente al capitalismo y al liberalismo triunfantes sea igualada por la de los católicos de hoy frente al marxismo, no debería, en el fondo, causar sorpresa alguna, porque la sociedad que ayer pretendía realizarse en la libertad sin freno es la misma que, igualmente decidida a prescindir de Dios, cree hoy poder realizarse en el dirigismo total. Y en cuanto a las élites católicas, ¿por qué iban a haber cambiado de hábito y de carácter? Desde el siglo XV y desde su abandono cobarde de la cristiandad al paganismo renaciente, han dado constantemente la impresión de vivir perfectamente resignadas a no tener ideas propias, a vivir como parásitos de las ideas de otro, ofreciendo a todos unos servicios que nadie les pide y que nadie tiene la intención de retribuirles. Semejante actitud no tiene nada de honroso. Cuando esas élites pretenden ver, en la necesidad que la Santa Sede tiene de tratar en nombre de la Iglesia con cualquier régimen establecido, una justificación sobrenatural para su timidez de corazón y para su pereza espiritual, el procedimiento no engaña a nadie. Es verdad que esas élites cuentan con muchos cristianos dignos de estima. Uno quisiera tan sólo que fuesen más modestos. Esa es la razón por la que mi simpatía por los bravos lectores de *Temps Présent* me inclinaría más bien a decirles francamente que están equivocados al convertir el nombre de demócrata cristiano en una especie de fiera escarapela, como si ese nombre hubiese tenido jamás, en momento alguno de la historia, el carácter de un desafío. Cuando Marc Sangnier¹ reunía sus primeros discípulos, la terminología del *Syllabus*² estaba ya pasada de moda: ese *Syllabus* cuyo destino, dicho sea de paso, se parece mucho al de la famosa bula que ordenaba la supresión de los jesuitas, y que los reverendos padres han terminado por conseguir que se ponga más o menos en el Índice.

En un tiempo en que la mansa agrupación burguesa del Sr. Piou³ se llamaba “Acción Liberal Popular”, la denominación de demócrata cristiano no

¹ Marc Sangnier fue el fundador de la revista *Le Sillon*, y uno de los promotores del catolicismo democrático y progresista. Fue también el promotor de los albergues de la juventud en Francia.

² *Syllabus*, palabra latina que significa “resumen”, se refiere aquí a un documento de Pío IX que lleva por título “Resumen [*Syllabus*] que recoge los principales errores de nuestra época”, publicado el 8 de diciembre de 1864. En algún otro lugar, Bernanos lo considera un documento profético. Y lo era, aunque estaba marcado por una concepción de la fe como adhesión abstracta a un cierto número de verdades que le hacía casi imposible ser una respuesta adecuada a la compleja problemática generada por la invasión de la cultura ilustrada en el mundo católico.

³ Jacques Piou (1838-1932) fue un político francés, fundador en 1901, y con el apoyo de León XIII, del primer partido político de lo que hoy llamaríamos centro-derecha, que apoyaba el reconocimiento de los católicos a la república, y se llamaba *Action Libérale populaire*. Llegó a tener

tenía sino un discreto perfume de escándalo. ¡Pobre Sr. Piou! Incluso entonces, la etiqueta de liberal, aunque estuviese reforzada por la de “popular”, no aseguraba sino un pequeño lugar en la extrema retaguardia de los partidos progresistas. Hoy, la de demócrata no es tampoco sino un arrebaña-votos totalmente insatisfactorio. Mientras el pobre demócrata, con su etiqueta en la mano, discute con un controlador de aduanas un tanto desconfiado, los partidos de vanguardia siguen avanzando, es inevitable, y el pobre demócrata tiene que correr con todas sus fuerzas para alcanzarlos. Por semejante pseudónimo no estoy dispuesto a pagar demasiado. Dentro de poco será sustituido por el de comunista cristiano. ¿Y después?

Pido perdón por dejar, con demasiada frecuencia, que unas modestas observaciones adquieran tono de impertinencias. Sean lo que sean, yo les pregunto a “los católicos de vanguardia”: ¿Es leal y honesto el prometer más de lo que se esta seguro de poder dar? ¡Oh!, por supuesto, los augures no son nunca del todo cándidos, y eso es precisamente lo que me da rabia. En vez de con un católico de vanguardia, preferiría trampear un poco con el Sr. Hervé,⁴ pero si un compañero de sindicato, poco instruido en el catecismo, usa conmigo un cierto tipo de lenguaje, creo que no podría dejar de decirle unas cuantas cosas que ignora, y que además no son siempre de las más claras. Y sin ocultarle, por ejemplo, mi opinión sobre unos prelados que ven fusilar a unos muchachos de veinte años a los que ayer les predicaban la devoción al Mariscal Pétain como si fuera un deber de conciencia, y que sin embargo hoy siguen callados —refugiados en el honor y en la dignidad—, tampoco le ocultaría absolutamente nada acerca de la obediencia que, aunque no sea ni ciega ni muda como la disciplina totalitaria, no por eso deja, en todo lo que atañe a su jurisdicción, de ligarme a los pastores, aun cuando sean indignos. Antaño, en plena cruzada española, los directores de *Sept*, ante una intervención del Nuncio, interrumpieron bruscamente la publicación de su revista, con el pretexto, absolutamente falso, de una bancarrota.

Yo no llegaría a mentir por obediencia, como pueda hacerlo cualquier redactor de *L'Humanité*,⁵ pero no por eso dejo de saberme responsable ante la Iglesia de todo lo que escribo, es decir, ante todos aquellos que tienen el derecho de hablarme en nombre suyo, y es preferible que eso se sepa de antemano. Clarificaciones de ese tipo no han hecho nunca mal a nadie. Si quisiera manifestarle a un comunista mi simpatía por su causa, me parecería poco honrado el limitarme a unos elocuentes discursos sobre la injusticia, como si la palabra injusticia tuviese el mismo sentido para un hombre que viene de la nada y se apresura a volver a la nada, que para un hombre que cree en la encarnación del Hijo de Dios y en la divinización de la humanidad en la Cruz. ¡Qué le vamos a hacer! No todas las verdades son buenas de decir, y éstas no son de las más oportunas, pero tampoco Dios es demasiado oportuno. Con vuestros ojos en blanco y vuestros trémolos, ¿qué es lo que hacéis de El, farsantes? Un pobre cantante de pueblo cuya musiquilla ha sido, por

280.000 miembros de cuota. Encontró oposición en los monárquicos y en *l'Action Française* de Charles Maurras, así como en los católicos que rechazaban su liberalismo. Por su parte, se oponía a los demócrata-cristianos, que veían su programa demasiado conservador, y a los republicanos moderados, que le consideraban demasiado explícitamente católico.

⁴ Escritor y diputado comunista, véase más arriba, la nota 7 de la “Carta a *Temps Présent*”.

⁵ *L'Humanité* es un periódico francés fundado en 1904 por el socialista Jean Jaurès, que se convertiría en el órgano oficial del Partido Comunista Francés desde 1920 a 1994. Desde esta última fecha ha abierto sus páginas a otros pensadores y periodistas de izquierdas, aun permaneciendo cercano al Partido Comunista.

casualidad, orquestada dieciocho siglos más tarde por un músico genial. Dios se ha encarnado en el hombre, y Marx se ha encarnado en Dios... ¿Quieren servir al marxismo o servirse de él? El marxismo es una experiencia total, en el sentido de la guerra total; es decir, es una experiencia que debe proseguirse cueste lo que cueste, por todos los medios, por todos los medios de la guerra total. Es, además, una experiencia irreversible, porque lo que va a destruirse no se rehará de nuevo. Uno puede pensar lo que quiera de semejante experiencia, pero aquellos que la están intentando y que, para llevarla a cabo, arriesgan insensatamente todo el hombre, alma y cuerpo, como si pudieran disponer de él (arriesgan todo el hombre, todo el destino del hombre, a la carta del progreso, del progreso necesario e indefinido, de esa evolución progresiva hoy desmentida por la ciencia y por la historia); esas gentes, digo, no tienen nada que hacer con unos hombres que creen en el pecado original, sitúan el paraíso terrenal al comienzo de los tiempos y ponen su mejor esperanza de salvación, no en el triunfo de los vivos, sino en la resurrección de los muertos... ¡Vale! No servimos para vuestra tarea, y vosotros no servís para la nuestra. Entre vuestra tarea y la nuestra, Dios sabe cuál de las dos se llevará a cabo hasta el final. Desde hace siglos, habéis enfriado tantísimo el mundo que no hay en él caridad divina bastante como para asegurar su salvación. Este mundo está frío como un sudario, y todos los incendios atómicos no van a hacer que suba la temperatura un solo grado. Tal vez no salvaremos este mundo, tal vez no lo arrancaremos de vuestras manos, el mundo está en vuestras manos como en las de un inventor que se ha vuelto loco. Pero al menos, si tiene que perecer, gracias a nosotros morirá como un hombre, en vez de reventar como un animal.

La Bataille, 17-4-1946.

MENSAJE A LA REVISTA "TEMOIGNAGE CHRETIEN"

Con toda mi gratitud y mi amistad.

Texto publicado en *Témoignage Chrétien* el 19 de abril de 1946. Luego se recogió en la colección de artículos *Français, si vous saviez (1945-1948)*, Gallimard, Nouvelle Revue Française, París, 1961, pp. 169-173. Finalmente se halla en la edición de la Pléiade de los *Essais et écrits de combat*, vol. II, Gallimard, París, 1995, 1132-1135.

Os doy las gracias por haber hablado de mí en términos amistosos en vuestro número del 5 de abril. Pero la gratitud que le debo a *Témoignage Chrétien* es demasiado grande, y mi deuda con él demasiado antigua, como para que renuncie a tranquilizar a aquellos de sus lectores que, fiándose de vuestra reseña de prensa, pudieran creerme más "fatigado" que de costumbre, o incluso "decepcionado".

Dado que me he tenido siempre por un cristiano de la clase más ordinaria, es cierto que la situación presente de la opinión media católica hubiese podido con razón influir peligrosamente en mi salud, como también en la vuestra. La opinión media católica no ha sido nunca sino una especie de compuesto orgánico bastante frágil. Estos compuestos, ya se sabe, no oponen apenas resistencia a los cambios bruscos de temperatura. La opinión media católica ha sufrido en 1945 este tipo de prueba, y no ha resistido. Para hablar claro, la opinión media católica está hoy en plena descomposición.

Digo descompuesta y no dividida. La división ha dejado el lugar a la descomposición. Los católicos de derechas y los católicos de izquierdas no se habían opuesto nunca los unos a los otros sino medias verdades, y me imagino que esas medias verdades han terminado por contaminarse unas a otras, de manera que hoy no representan sino una sola mentira. No sabemos aún que nombre llevará esa mentira en la historia de la Iglesia, pero desprende ya un fuerte olor a apostasía.

La opinión media católica está hoy en plena descomposición porque no ha querido ni la misericordia ni la justicia. Ésos que desde hace unos meses hablan —o, mejor, balbucean— en nombre de la justicia, y bajo la mirada insolente de sus cínicos explotadores, no han querido jamás la justicia, al menos como debe quererla un cristiano, es decir, con un espíritu lúcido, con un corazón heroico y puro. No querían la Justicia, no querían correr los riesgos que entraña, y cuando ha llegado la hora, han dejado cobardemente a otros todo a la vez, el riesgo y el beneficio. No querían sinceramente ni la justicia ni la misericordia, no tenían ni frío ni calor, reservándose para sí el mérito del perdón, eso sí, cuando el perdón también venía sin riesgos. ¡Bueno, pues estoy hasta la coronilla de todas esas imposturas que se suceden unas a otras! Desde la época de *La Grand Peur des bien-Pensants* he dicho bastantes veces lo que pensaba de los católicos de derechas, como para que no se me deje decir hoy lo que pienso de esos otros que hoy los sacrifican todos los días, no ya siquiera a un espíritu de revancha, sino a un inconfesable complejo de inferioridad, de culpabilidad, a ese delirio de justificación frente al adversario, que acabará llevando a esos desgraciados mucho más lejos de lo que quieren ir, y que —a poco que se descuiden— podría acabar haciéndoles asumir el papel de verdugos subalternos en los Buchenwald del futuro.¹ Yo hubiera admitido que se asumiese la responsabilidad de cortar el pescuezo a los católicos de derechas en nombre del “diente por diente”, puesto que hemos retrocedido visiblemente al yugo de la ley antigua. Pero un simple cristiano no puede tolerar que se les escandalice, en el sentido evangélico de la palabra, es decir, que se pierda su alma, por un exceso de mala fe y de hipocresía. Es mucho más cruel, en efecto, dejar a un hombre en la desesperación que fusilarlo.

Si los pastores, a falta de sentimientos y entrañas de padre, tuviesen un mínimo sentido del ridículo, no consentirían que pisoteasen a los antiguos parroquianos del Mariscal Pétain los mismos tartufos que ayer se alegraban de ver cómo se alejaba inflexiblemente de la comunión de Nuestro Señor Jesucristo a unas pobres mujeres ancianas, culpables de leer *L'Action Française* sin comprenderla, o de aprobar los inofensivos trallazos de los *Camelots du roi*.²

¹ Buchenwald es el nombre del lugar de un campo de concentración nazi.

² *L'Action Française* fue una escuela de pensamiento y un movimiento político nacionalista y monárquico, podría decirse que de extrema derecha. Fundado en 1898, encontró su período de más éxito en el período entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Su figura principal es Charles Maurras, que le dio al movimiento un tono particular, de aceptación de un cristianismo

Esos mismos son los que hacen hoy afirmaciones acerca del “por todos los medios”, o “con las violencias necesarias” de un servilismo tan vergonzoso que empalagan a los mismos comunistas, y son los comunistas mismos los que me lo escriben. “¿Desde cuándo los cristianos rechazan la violencia?” —preguntaba con insolencia el otro día Ch. Maignial en la revista *Esprit*.³ “No la rechazan más que en orden a la venida del Reino de Dios. La venida de ese Reino no impide la venida de la Sociedad Justa por medio de la revolución. Pero el cristiano puede verse conducido a elegir entre el testimonio por Dios y la eficacia a favor del hombre. Tras haber ayudado a su hermano comunista a matar al contrarrevolucionario en nombre del hombre, puede verse obligado a afrontar, incluso a reclamar la muerte de manos de ese mismo camarada revolucionario, en el momento en que su exigencia espiritual fundamental le hiciese percibir claramente que, en una coyuntura determinada, su trabajo por el hombre era una traición al testimonio que debe a Dios”.

¿No es ése, mi querido Mounier, a poco que uno sea despierto, el tono de Julie d’Angennes o de la señorita Paullet discutiendo un caso sutil de casuística en casa de la marquesa de Rambouillet?⁴ Pero, vamos a ver, si en una cierta etapa de la experiencia marxista, quiero decir, cuando esa experiencia aparezca como lo que es, como una experiencia irreversible, “la exigencia espiritual fundamental” de Charles Maignial le hace percibir claramente que ha sido un bobo inocentón desde el principio, que sin darse cuenta ha estado traicionando desde el principio el testimonio debido a Dios, ¿en qué demonios el hecho de poner dócil y amorosamente el cuello a merced del camarada revolucionario va a resucitar a los muertos, o a liberar el mundo esclavizado? En esta colosal aventura imaginada sin Dios, comenzada sin Dios, proseguida hasta ahora sin Dios, y de la que la torre de Babel no era más que un esbozo, ¿vamos a dejar que la humanidad divinizada por Cristo se comprometa sin retorno, por la simple apuesta de unos jovencuelos que ni siquiera nos dan la garantía de haber escogido libremente, ya que, igual que sus adversarios de ayer, lo único que hacen es, en definitiva, apuntarse al vencedor? Así, unos antes y otros después, acaban del lado del más fuerte, y —dejadme decirlo francamente—, con la misma buena fe, con el mismo entusiasmo con que otros se ponen del lado del más débil, con un sentimiento equívoco que sería fácil tomar por una especie de heroísmo caballeresco invertido, de no ser porque tenemos razones para creer que no es sino la euforia del masoquismo, ese masoquismo que fue

sólo aparentemente tradicional, pero fósil y sin alma, que en realidad no era sino ideológico, y recubría apenas un paganismo análogo al del fascismo italiano. Los *Camelots du roi* eran uno de los grupos jóvenes del movimiento, que provocaron algunas manifestaciones y algaradas. Bernanos, en su juventud, perteneció a este grupo de los *Camelots du roi*, pero abandonó el movimiento, con su fina intuición cristiana, antes de que fuese condenado por el Papa Pío XI en 1926. Muchos intelectuales católicos, vinculados más o menos al movimiento, sufrieron enormemente con esa condenación, sufrimiento al que Bernanos alude con frecuencia en sus escritos, consciente sin embargo, del vacío profundo de la doctrina maurrasiana. *L’Action Française* apoyó al gobierno del Mariscal Pétain y al régimen de Vichy durante la ocupación alemana. Por ello, y porque bastantes de sus miembros colaboraron con la ocupación, el movimiento salió mortalmente herido de la Segunda Guerra Mundial.

³ Revista fundada por Emmanuel Mounier, con la intención de hallar una “tercera vía” de clave humanista entre el capitalismo liberal y el marxismo. Y después de la Segunda Guerra Mundial intentó dar lugar a que naciera una nueva izquierda.

⁴ Julie d’Angennes (1607-1671) es una aristócrata francesa, famosa por su belleza y por su distinción, que recibía a “lo más granado” de la sociedad francesa y de sus hombres de letras en el famoso *Hôtel de Rambouillet*, que era el palacio de su padre, el Marqués de Rambouillet, y donde la marquesa era la recepcionista principal. No hace falta subrayar que el tono de Bernanos está lleno de ironía.

ya explotado por Vichy. Sí, Vichy. Después de todo, que el viento sople de Berlín o de Moscú, el leño muerto que arde es siempre el mismo. Sí, Vichy. Ese rebaño que el comunismo recluta a marchas forzadas es el mismo que —con las opiniones todas mezcladas, con todas las líneas confundidas—, la víspera de Munich, alterado por el pánico, ensordecía al mundo con sus balidos.

Por mucho se hable de guerra o de la Resistencia, nosotros sabemos de sobra, desde 1918, que hay héroes sin carácter, que el Sacramento de Verdun no ha justificado jamás a nadie, y que siempre se encontrarán todos los carneros rabiosos que se quiera para dejarse matar, porque es menos difícil morir que pensar libremente, menos difícil morir en grupo que vivir solo: digo menos difícil, no menos meritorio. Sí, Vichy. Porque la idea de justicia social es, cada vez de manera más visible, para muchos católicos de izquierdas, lo que la idea del orden social sigue siendo para muchos católicos de derechas, la sublimación de una cobardía de la que no eran conscientes, porque en 1918 igual que en 1945, sus palmarés de guerra o de la Resistencia han demostrado hasta la saciedad que esta cobardía no estaba en la carne, sino en los entresijos más íntimos del espíritu, y como en su misma raíz.

Antes de terminar esta carta ya demasiado larga, quiero dar una última información a aquellos de vuestros lectores que me reprochan el querer volver a coger el barco. Volveré a tomar el barco, como en 1938, el día en que mi conciencia me diga que mi presencia es más útil en cualquier otro lugar que aquí. Hay en el mundo millones de hombres que tienen necesidad de Francia, y que merecen que les sea dada, o que se les dé, por lo menos, lo poco que queda de ella. Mientras esos hombres tengan necesidad de Francia, y Francia no les sea negada, las generaciones indignas que han dilapidado en veinticinco años el patrimonio de diez siglos seguirán deshonrándose en vano.

13 de abril de 1946.

Témoignage Chrétien, 19-4-1946.